

ETICA TRABAJO Y PRODUCTIVIDAD EN ANTIOQUIA

Una interpretación Sociológica sobre la influencia de la Escuela de minas en la vida, costumbres e industrialización regionales.

Alberto Mayor Mora, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1984, 537 páginas.

¿Cómo una investigación en cuyos enunciados iniciales se pretendía caracterizar el conjunto de la clase obrera colombiana y los efectos que sobre su composición surtieran las nuevas técnicas y el aumento de la productividad, resulta siendo un estudio regional en el que el núcleo de análisis es la formación de una élite empresarial? Para quienes la conocimos en su etapa de proyecto sólo la lectura cabal de este libro absuelve la pregunta. En la introducción el autor aporta razones para el cambio operado en la orientación teórica y metodológica, pero esas razones tienen que ver no con un designio propio como autor sino con el modo como fué respondiendo a las exigencias de la materia investigada. En la lógica de su investigación ese desplazamiento y esa aparente reducción corresponden a los hallazgos de la primera etapa, a factores no contemplados en el enfoque inicial y que obligan sobre la marcha a ampliar el campo de explicación y a reducir el terreno sobre el que se investiga. Es una lógica tan compleja, sinuosa y en fin coherente como el proceso de que pretende dar cuenta.

Pero para quienes no han seguido de cerca este trabajo puede dar una idea somera del recorrido y del cambio de orientación, comparar el título del proyecto, "La clase obrera y el desarrollo de la productividad del trabajo en Colombia", con el arriba reseñado. Quedarse en la comparación de los títulos llevaría a pensar que se trata de la sustitución de una matriz teórica por otra, de un Marx por un Weber. Como intentaremos sostenerlo, hay mucho más que eso y ambos autores con sus teorías se emplean a lo largo y ancho del trabajo y están presentes en los resultados ahora ofrecidos.

El papel de Antioquia como región económica y de los antioqueños como empresarios en el despegue de la industria ha sido destacado por los historiadores de la economía de Parsons a Safford pasando por Ospina Vásquez, y durante un tiempo llegó a convertirse en un tópico. Sobre ese terreno desbrozado por la historia económica y ensanchado por el sentido común (hay un proverbio de la gente del altiplano de ese primer tercio de siglo que nos habla de "la lucha del hombre contra el país") Alberto Mayor construye una explicación del todo nueva. Pues para la historia económica los rasgos distintivos de la personalidad social del pueblo antioqueño, rasgos que están presentes en forma eximia en sus líderes y que sus intelectuales racionalizan, son virtudes netas, cuyo origen no importa establecer y que actúan como causa eficiente para la economía. Trátase del empuje colonizador, según lo aprecia Parsons, o del complejo de Beocia también enunciado como sentimiento agudo de privación de sta-

tus como lo encontramos en Ospina Vásquez quien se apoya en Hagen, o de aquella variante del pragmatismo que consiste en hacer de lo práctico un ideal, como en Safford; para la historia económica esas cualidades distintivas existen *per se* y no es su asunto preguntarse por su origen.

Pero a Mayor el desarrollo del planteamiento inicial y las dificultades para llevarlo a una plena demostración por la carencia de una explicación suficiente del periodo inicial de la industria moderna, lo conducen de lleno al problema de los valores, o en otro enunciado al problema de la ética del trabajo, en su génesis, y en su lenta formación a partir de los valores precedentes/.

Desde ese momento y debido al hallazgo de "algo más que una correlación" entre la formación en la Escuela de Minas de Medellín y el desempeño gerencial en las industrias de punta, el razonamiento muestra un gran paralelismo con el de Weber en la "Ética protestante y el espíritu del capitalismo", reconocido expresamente como modelo de análisis. Pero sin que signifique la sustitución íntegra del enfoque anterior, cabría más bien hablar de complementación. Ya que la relación capital-trabajo y la empresa como unidad económica sigue siendo entendida en términos marxistas. Esa ductilidad que le permite aproximarse a disciplinas afines a la sociología, es, sin duda, una de las cualidades del autor.

Siendo el núcleo teórico-problemático del de las conexiones entre la ética del trabajo y la racionalización de la vida económica, es vano remontarse en el tiempo para buscar el origen último de los valores que nutren esa ética. Por exhaustivo que sea el rastro, es menester hacer un punto de corte. En este caso la retrospectiva se detiene en el prohombre de la stirpe de los fundadores de la Escuela, Mariano Ospina Rodríguez. Su papel protagónico como presidente, fundador de partido, reformador del sistema educativo y quien define los componentes de esa ética como ideal formativo. En su inmediata descendencia se encuentra el fundador de la Escuela en su posterior descendencia otro de sus rectores y brillante aplicador de sus principios. Allí a mediados de siglo, utilitarismo y pragmatismo comienzan a revestir la forma de una mentalidad ingenieril, la búsqueda de conocimientos científicos, de aplicabilidad inmediata en la industria. A este respecto no se comprende bien porqué Mayor habla indistintamente de "formar hombres nuevos" y de "restauración moral de las costumbres" cuando define la misión de la Escuela. Ya que de tratarse de lo segundo esos valores y esa mentalidad habrían tenido precedentes que a su vez valdría la pena explorar, si de restauración se trata.

Al seguir el modelo de Weber, el autor tiene en cuenta que en el caso de Antioquia la religiosidad que predomina es distinta de la protestante. Se trata entonces de saber si en la Iglesia católica antioqueña existe el equivalente de la ascesis mundana que Weber define tan bien para varias de las sectas protestantes. La equivalencia se halla en el componente pragmático y utilitario que subsiste en la religiosidad del pueblo antioqueño y, aunado a esto, a la labor cumplida por los jesuitas, la orden religiosa más moderna y racionalizadora de las órdenes católicas. Los inspiradores y fundadores de la Escuela recibieron formación de los jesuitas. Y jesuitas fueron quienes en la Acción Católica desarrollaron la formidable labor de adoctrinamiento y puesta a tono del "reloj moral" de la clase obrera antioqueña. En este punto la similitud con el modelo se vuelve más problemática, de lo que es muy consciente el autor.

En efecto, aún con su característica mundanidad, con lo definido de su acción modernizante y aceptando como singulares a la región antioqueña aquellos valores que facilitan la adaptación de la moral católica tradicional para una acción enérgica sobre el mundo; no se encuentra equivalente directo de la vocación profesional ligada a una doctrina de la salvación. Es obvio que en el catolicismo, por modernizante que sea en algunos de sus sectores no puede haber ese "radical abandono de la doctrina eclesiástico-sacramental"¹ de que habla Weber y que será el puntal de la nueva ética del trabajo. Promete Mayor para un trabajo posterior la exploración más minuciosa que permita el hallazgo de pruebas más concluyentes y abona mientras tanto algunas hipótesis sobre la influencia de la moral jesuítica en el empresario antioqueño.

Si en Mariano Ospina Rodríguez y a partir de él en sus descendientes y en los discípulos de los descendientes hallamos como norma fundamental el "sometimiento de toda pasión al principio del deber" esa norma coexiste con la creencia de que todo logro verdadero para el hombre se encuentra en el más allá y la salvación solo se obtiene mediante la gracia sacramental. Ligado a este problema está el de que incluso dentro de jesuitismo pueden distinguirse con claridad un sector auténticamente modernizante y otro más cercano a las doctrinas integrales de condena del mundo moderno. La distinción es posible a partir de la forma como se acepten las encíclicas papales de Pío IX con su condena del mundo moderno, o de Pío XI -a quien Gramsci llama el Papa a los Jesuitas- con su intento definido de adaptación a los valores del mundo moderno.

Durante la primera etapa de este siglo pareció primar el sector antimodernista y es así como la prensa católica y en este caso el periódico de la Acción Católica para Antioquia, "El obrero católico", se dedica a la propagación de las encíclicas antimodernistas, como lo registra Mayor, pág. 324; y tal vez a partir de 1938 con las semanas sociales y el inicio de la difusión de las encíclicas de Pío XI, el Papa de la comunidad solidaria, alcanza su predominio el sector modernista. Pero ya para entonces la industria había despegado definitivamente y la moralidad se había transformado. La congruencia entre ese antimodernismo del "obrero católico" hasta 1938 y la labor que en esas casi cuatro décadas cumple formando a los nuevos trabajadores amerita un análisis más detallado y la clave tal vez pueda estar en escritos como el "Manual de Sociología Práctica" de 1915 que recoge las orientaciones de la Acción Social Católica en esa primera etapa. En todo caso las hipótesis de Mayor se sostienen en gran forma gracias a la ingente documentación que aporta a su favor.

Otro aspecto que vuelve a poner a prueba la hipótesis adelantada en un principio sobre la moral jesuítica y su influjo en los empresarios radica en que el paradigma ético, quien resumen los valores de esa clase en su período ascensional, el ingeniero Alejandro López, es, como él mismo se define, "rebelde al jesuitismo" (citado p. 438) y la divisa de que imbuye a sus discípulos versa sobre una "moral sin religión" y una "conciencia sin fé". Advértase que no se trata de una manifestación antirreligiosa, sí en cambio de la secularización de los principios religiosos. Una secularización tan rápida, tan disimil con la lenta gestación de la ética que nos presenta el modelo obliga a un reexamen de lo que éste considera "la médula más difícilmente accesible del problema" esto es "determinar la influencia de ciertos ideales religiosos en la forma-

¹ La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Ediciones Península 3a. edición. Noviembre 75. p. 124.

ción de una "mentalidad económica", de un *ethos* económico fijándonos en el caso concreto de las conexiones de la ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético".² En nuestro caso esas conexiones no siempre se ven claras, pues en hombres como Alejandro López el ideal religioso aparece desvanecido o no relacionado en forma clara con su mentalidad económica. Parecen existir a contrapelo, no hay transición fluida del uno a la otra. Aún teniendo en cuenta que nuestra burguesía sale a la luz cuando ya existe una ideología capitalista plenamente configurada, que nuestro capitalismo es bastardo además de tardío, y que los valores que conforman esa mentalidad penetran en la clase dirigente por mil vías distintas a la religiosa, sigue siendo problemático ese paralelismo entre orientaciones éticas no religiosas y la moral religiosa. La tensión existente entre las dos o el flujo de la una en la otra requiere una explicación aún más detallada de la que nos proporciona este trabajo. Tal paralelismo no puede consistir en una simple división del trabajo entre la institución de la élite y la dirigida a las masas obreras, proveyendo la primera la orientación ética no religiosa que prepara para un tipo de acción innovadora y la segunda, domeñando y encauzando el férreo individualismo y sentido de la propiedad del trabajador antioqueño, habilitándolo para la acción rutinaria y sistemática. Tampoco puede consistir en una doble moral, en una existencia paralela, en el sujeto, de motivaciones religiosas y de "conciencia sin fé". Pero apunta un comienzo de solución de ese conflicto en la forma de una "Santa Alianza", como lo denomina Mayor entre la doctrina social de la Iglesia, en la versión más modernizante y la ideología del americanismo y el fordismo. La síntesis puede leerse por ejemplo, en el trabajo de Mariano Ospina Pérez sobre el "manejo cristiano y científico del trabajo"; en otros individuos y en la explicación general pervive una cierta fractura entre esos dos universos éticos.

Un acierto fundamental del trabajo es la consideración del tiempo libre y sus conexiones con la productividad y con un determinado orden social. Todo el tejido ideológico que exige la adecuación de trabajadores de origen rural a la industria urbana, el cálculo que sobre él es posible establecer y el impacto en lo que podríamos llamar la cultura popular, está aquí interpretado. A nuestro entender, por primera vez para el caso colombiano hay un esfuerzo de comprensión de los efectos múltiples del control y el uso efectivo del tiempo libre. En la exposición que del problema nos hace Mayor podemos observar cómo hay una mirada más larga y más profunda de los jesuitas que el propio Alejandro López, quien es el primero en fijar la atención sobre este punto. Hay en López una preocupación utilitaria pues se interesa ante todo en cómo ese tiempo ganado podrá emplearse creativamente, cómo produce innovaciones, cómo revierte sobre la producción en fin. En los jesuitas la preocupación está dirigida a los efectos que sobre el orden social podría tener ese tiempo libre y a las necesidades de nuevas instituciones, en otras palabras, a los efectos políticos de la nueva tecnología y de la reducción progresiva de la jornada de trabajo.

Llegados aquí parece inevitable una consideración orgánica de la política. Pues la empresa racionalizadora de la Escuela de Minas se proyecta también como una racionalización del Estado. Sin embargo, la limitante que Mayor se autoimpone de "una necesaria simplificación del plano de la política" veda ese análisis (p. 141, véase también p. 218). Y el hecho es que la política se reintroduce en el análisis a cada momento,

² M. Weber, *Opus cit.* p. 18.

lo que parece demostrar que lo necesario es una consideración menos simplificada. El liderazgo que se propone como meta Alejandro López es esencialmente político, la más ambiciosa y sintética de las empresas concebidas en el ámbito de la escuela es una meta política que se expresa tanto para el liberalismo (con Alejandro López, redactor de su programa en 1935) como para el conservatismo (con Mariano Ospina Pérez que en sus escritos programáticos de 1945-46 exhibe el mismo aliento doctrinario y cuya propuesta de un Instituto del trabajo en 1945 resume el ideal formativo de la escuela). Para decirlo con las palabras del autor el “peso de lo puramente político” es mayor y afecta en mayor medida la empresa racionalizadora, de lo que estaba contenido en los supuestos de la investigación. Si el capítulo final muestra la diáspora de los egresados de la Escuela y la decadencia de la Escuela, la dirección más importante hacia la que tienden es la del Estado, y bien claro lo muestra aquel apéndice en que se relacionan los cargos públicos desempeñados por egresados de la escuela, decisivos no en cuanto a número sino a la clase de cargo y lo realizado desde él. Otra floración de la escuela que es por su esencia política, es el proyecto de ley presentado por Gabriel Sanin Villa, origen cierto de la modalidad de intervencionismo que se implantará en la década de 1950 y de la llamada política de sustitución. No se pretende que un trabajo gigantesco como este, haya de desarrollar el tema central en todas sus manifestaciones, lo que se discute es que considere la simplificación de la política como una necesidad inherente a la “naturaleza sociológica de la investigación”.

Por cierto que dos de los hallazgos de la investigación tienen importancia en cuanto corrigen parcialmente la versión que la historia económica ha venido conformando sobre el proceso de industrialización. El primero es el ya mencionado proyecto de Sanin Villa, importante no porque enuncie los temas del intervencionismo sino porque la forma en que lo hace será casi la misma que revestirá cuando se convierta ese intervencionismo en decisiones. El otro es la temprana asimilación y consiguiente aplicación del principio marginalista de la demanda efectiva y su empleo a fondo para la crítica del liberalismo económico y en la justificación del intervencionismo, siendo el más claro representante, una vez más, Mariano Ospina Pérez.

Un problema de método a que dar lugar una investigación anclada en lo regional es el de la adecuada generalización para que sus conclusiones abarquen el país entero. Parece obviarse de entrada, cuando Mayor afirma que los problemas *nacionales* existen con mayor intensidad en Antioquia que en cualquier otra región durante ese período, de lo que parece desprenderse que por extensión sus problemas sirvan para caracterizar el desarrollo del país entero. Pero al hacer tanto hincapié en la especificidad de lo antioqueño (hay una religiosidad antioqueña característica e inconfundible, como hay una sexualidad del antioqueño con rasgos propios, la vida familiar en Antioquia conlleva peculiaridades que no se hallan en ninguna otra región y, en suma, desde Mon y Velarde quien supo captar la sicología social del antioqueño en su etapa primigenia hasta Alejandro López, pasando por Berrío y los Ospina esa singularidad se afirma) el acento en lo específicamente antioqueño, en el rasgo diferencial, es tan marcado que hace problemática una generalización, a primera vista. Tal acento veda la extensión para otras regiones de las conclusiones obtenidas para ésta.

No obstante en algunos pasajes se procede a esa extensión, como cuando se llama a la Escuela de Minas “vocera de la clase burguesa *nacional* en ascenso” y sin embar-

go la base de su reclutamiento y los componentes de su orientación eran específicamente antioqueños, como se ha insistido. O la pregunta podría ser ¿Existía esa burguesía industrial como clase nacional o existía fragmentada en expresiones regionales siendo la más emprendedora la antioqueña? Al final de su trabajo Mayor relativiza su juicio inicial sobre la Escuela de Minas como vocera de la clase entera al afirmar que la corriente de racionalización “tendió a coincidir con otras tendencias similares surgidas *autónomamente* en diferentes partes del país, especialmente en Bogotá” (p. 447, subrayado nuestro).

Lo anterior solo muestra la importancia de ampliar la investigación, de continuarla en la dirección señalada por el autor. Del que puede decirse que a lo largo cumple con creces ese propósito inicial de construir todo intento de demostración “sobre una base de *hechos* suficientemente firme”, y ese no es su mérito menor.

De otra parte en una economía todavía fragmentada y en una ideología empresarial que admite grandes diferenciales de región a región cuando apenas se está configurando, el principio unificador ¿No lo hallaremos en la política? Por vía de ejemplo, no valdría la pena explorar esas grandes afinidades ya establecidas entre un López Pumarejo de quien uno de los investigadores más importantes sobre el período afirma que era el más caracterizado dirigente nacional de la burguesía industrial, que “la encarnaba como nadie; la encarnaba hasta en su desenfado y audacia? El propio López Pumarejo se encargó de mostrar las razones de esa profunda afinidad con la dirigencia antioqueña y su hijo tiene un escrito que con el título “López y los antioqueños” esta dedicado a “traer a cuento aquellos rasgos de su personalidad que pudieran ser afines del modo de ser antioqueño³”.

El anterior es sólo uno de los grandes filones que el autor deja al descubierto para enriquecer posteriores investigaciones, casi todos ellos inexplorados. El propio autor se ha comprometido con tres de ellos a saber: una biografía intelectual de Alejandro López que desarrolle y culmine lo planteado en el capítulo VI de su libro. Un estudio sobre la resistencia de los obreros al taylorismo en la época en que éste se implanta sistemáticamente, y un análisis de la evolución de la ética profesional del mundo de los negocios que explique su aparente decadencia, o entodo caso su indudable transmutación. Esa derivación de temas importantes junto con los que una lectura desprejuiciada necesariamente suscitará en los lectores atentos, habla por sí misma de la riqueza del proceso investigativo del que este libro es apenas una primera síntesis.

Fernando Cubides C
Febrero 1985

³ Alfonso López Michelsen, “López y los antioqueños”, en *Los últimos días de López y otros escritos*. Biblioteca Banco Popular, vol. 62 Bogotá, 1974.